

TRES MOMENTOS DE LA AVENTURA DEL HOMBRE NATURAL Y CIVIL

Por Manuel PEDROSO

I

LA DUDA MAS ANGUSTIADA

"Dichten ist ein Uebermut". GOETHE.¹

AS DOS NEGACIONES de Rousseau del *homme de la nature*, como quimera y como realidad física, son de metódica ganancia. Ese hombre inventado es ahora más eficaz. Como toda invención traspasa el límite que la realidad física impone a sus criaturas.

Al verse en vida tan nueva, como *divin modèle*, muestra caminos nuevos y ejemplares al hombre civil al que presta diligente y segura *Volonté Générale*. El acto de voluntad crea formas concretas. Aquel hombre, en lo nacional, se articula en el *Moi commun*, que es *Fraternité*, quiere decirse; superación de *Liberté* y de *Egalité*, pues esos términos no son equivalencia trinitaria, aunque apetezcan compañía y sueltos anden mal. Ahora todo es Nación. Lo mismo el pueblo que el gobierno, la educación y el ejército y la soberanía, todo es nacional. Ya no valen simples fuerzas o relaciones, carentes de substancia, sino realidades concretas de dinámico andar.

En 1792 ese *homme naturel*, ya embutido en concreción civil, se disciplina en algo tan nacional, como son los batallones de la Revolución. Aquellos que, cayendo de la colina de Valmy, irrumpen en la llanura al desvanecerse la niebla. Allí, con ímpetu político y colectivo, resuenan por primera vez las estrofas del "Allons enfants de la patrie". Y era verdad que "Le jour de gloire est arrivé". Los ejércitos de la coalición prusiana se retiran. También con ellos la esperanza de los emigrados franceses. Las viejas pelucas no comprenden aquella música nueva. "¿Qué es esto, monsieur von Goethe?" Porque *El* estaba allí, al lado de ellos, pero no con ellos, legitimidad pasada. Goethe, si de aquel lado o en cualquier lado, no podía ser partido, sino conciencia total histórica. Era frase suya que las cosas del mundo suelen cambiar cada cincuenta años. ¿Cómo había de estar con ellos?

Y aquel momento de Valmy era radical signo de cambio. Para Goethe, no para los emigrados. Estos sólo medían el tiempo por horas y no por cambios. Horas continuas de su estática legitimidad. Goethe vio en aquel momento de Valmy lo mismo que ellos vieron. Oyó lo mismo que ellos oyeron. Ir y venir de soldados y de caballos, toda la incierta barahunda de actos aislados en que se descompone una batalla. El trueno de los cañones, para entonces terrorífico que rasgaba los oídos, y aquella música, ¡aquella música que todos pudieron oír! Pero sólo a Goethe intrigó la gran verdad de aquel momento. Y dijo a los emigrados las precisas

y claras palabras, que constan en el *Diario de su campaña en Francia*: "Sabed que de hoy en adelante empieza una nueva época en la historia del mundo y que ya podréis decir vosotros que estuvisteis presentes." Así habló Goethe al caer la noche del día 19 de septiembre del año de 1792.

Lo infinito de la invención del *homme de la nature* le dio, fuera de su obra nacional, vuelo cosmopolita. Hombre de acción concreta en cualquier circunstancia humana. Y ese hombre, que actuaba sin limitación de fronteras, y siempre creador de realidades históricas, tuvo su canto universal. El himno a la alegría de la *Fraternité* escrito en letra famosa por Schiller. Letra que acompaña los acordes



"le jour de gloire est arrivé"

del último tiempo de la "Novena Sinfonía". Esa música y ese canto animan la gran aventura europea que habrá de emprender nuestro hombre. ¡Qué lejos ya del bosque, pero cada vez más cerca de su inagotable humanidad!

Porque la aventura del hombre inventado por Rousseau sigue ahora insospechados caminos, años bastantes de muerto su creador. La guillotina surge ante Juan Jacobo como la gran interrogante que le llevará a nuevos rumbos. ¿Es la guillotina correcta expresión de la *Volonté Générale*? Aquí salta, como inquieta pesadilla, el problema inevitable del desbordamiento de la teoría en la acción. Juan Jacobo vive la época del Terror.

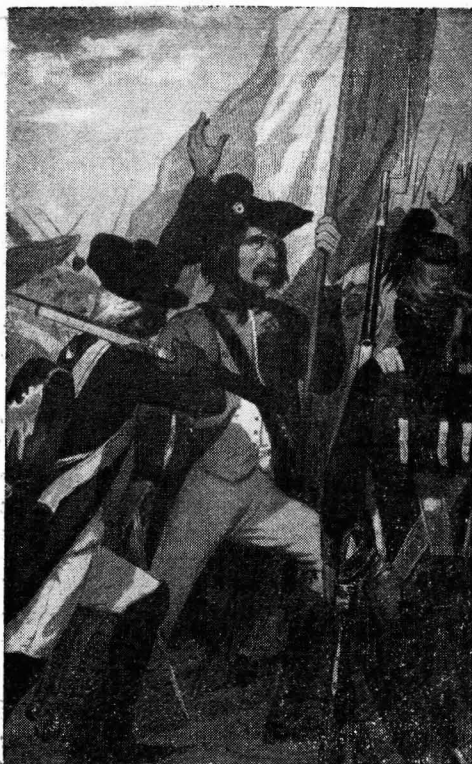
Y sabe, o lo cree saber, que sin teoría no hay revolución posible. Lenin, buen entendedor de revoluciones, dijo lo mismo más de ciento y medio de años pasados. Ya la palabra *teoría*, si en letras

igual, era en sentido distinta. La teoría del actuar social humana no es hipótesis, mera visión que enlaza un suceder, sino *tesis científicamente demostrada*. Marx, en grandiosa obra arquitectónica, creyó descubrir la clave secreta para la lectura exacta de una realidad movida por un factor inexorable, que por necesario, precedía historia. La teoría no salía de la cabeza del hombre creando realidad, sino de los hechos materiales de la producción económica, proceso vital del hombre. Su *verdad científica* aparecía reconfortada con todo el vigor de la fe salvadora. Ya no era el hombre responsable de la teoría, sino ante la teoría. Su actuar, como creador y actor de historia viva, era por ella juzgado. El error en su aplicación podría rectificarse, pero el pecado que quebranta la línea, garantía salvadora de la verdad habrá de purgarse para evitar peligrosa corrupción. Ese saber, por razón de tiempo aún no venido, de nada serviría al pobre Juan Jacobo, analfabeto de las nuevas letras. Así el nuevo sentido de la vieja palabra no era posible descargo de su conciencia frente a la guillotina.

Por no sospechar Juan Jacobo, inédito en revoluciones, este y otros aspectos del mundo del hombre, que luego se aprendieron, seguía creyendo que la teoría hace la Revolución. ¿Acaso olvidó el sentido de aquella *conjetura* del *Discours de l'Inégalité* que supone al hombre saliendo del estado de *nature*, muy a disgusto y por causas extrañas a su voluntad? Ese atisbo no recogido en sistema, y reducido a *funeste hasard*, se perdió en palabras. Bien valorado hubiera servido para comprender que si es verdad que una Revolución no se hace sin teoría, también es verdad que la teoría no hace la Revolución.

No había que esperar a Marx para saberlo. Un nuevo pensar histórico, radical cambio que supera una época, alumbra en el primer tercio del siglo XIX. Un aristócrata francés, el conde Alexis de Tocqueville, y esto conviene decirlo en alta voz, es genial exponente del nuevo pensar. Tocqueville recoge y formula en espléndida visión la condicionalidad histórica de los actos humanos. Primero en la *Démocratie en Amérique* (1836), libro extraordinario, en la misma línea de altura que la *Politeia* de Aristóteles y el *Esprit des Lois* de Montesquieu y veinte años después, en *L'Ancien Régime et la Révolution*, clave de los sucesos que se inician en 1789. Es curioso que dos contemporáneos geniales, Tocqueville y Marx, coincidieran en un sentir que modernamente ha resumido Gouhier (*Essais sur Descartes*, 1937) en ingeniosa frase: "*Que la Révolution au nom de la Raison est déraisonnable*,"² Esto importa más que las discrepancias. Ambos afirman el actuar vital del hombre, que en su medio propio que es la historia, crea la historia. ¡Qué lejos ya de aquel mundo de Rousseau, de aquella hora precisa, en que grita patético, al salir el salvaje del conjetural bosque y dar el primer paso hacia la civilización, ¡*Homme, voici ton Histoire*!"

Si el *citoyen* de 1789, en sus hechos héroe de un día, se creía autor magnífico de la Revolución, Tocqueville, en implacable y muy sutil análisis, lo redujo a su papel de actor. "Jamás se dieron tamaños acontecimientos que de tan lejos vinie-



"allons enfants de la patrie"

ran", ni más imprevistos, ni que estuvieran mejor preparados. El análisis muestra que ideas y sentimientos, que se creían originales del momento revolucionario, venían de muy atrás en la Historia de Francia. Eran necesaria consecuencia de muy remotas causas. Los hombres de la Revolución, en proceso violento, actualizaron aquellas ideas y sentimientos. La sociedad antigua, que había de ser víctima, engendró la Revolución. Ahora, si ésta fue consecuencia necesaria de muy remotas causas, ¿cómo podía ser la teoría, eco siempre de una situación histórica concreta, responsable de la Revolución? Llevada la teoría a la más remota de aquellas causas, perdía su inminente actualidad y se confundía en imposible anacronismo.

"La loi est expression de la Volonté Générale" repetía Juan Jacobo, convencido que ahí, en esa frase, vivía toda la doctrina. Pero llegó aquel momento, que no fue *funeste hasard*, en que el pueblo gritó: "¡Legisladores, poned el Terror en la orden del día!" Y se cumplió su voluntad, pero también se cumplió otra ley, que no procedía de la *Volonté Générale*, sino que obedecía a clara y distinta causalidad. Es ley imperiosa que concentra, para intensa eficacia, el poder en exigua minoría. Tocqueville la formula como una constante del mecanismo revolucionario. "En las Revoluciones mandan las minorías." Y así sucede, porque la Revolución, acto político por excelencia, pide unidad de acción que sólo logra la más sutil e inteligente política. Sin ella la Revolución se confunde en cataclismo natural y pierde sus posibilidades de realidad humana.

Pero Juan Jacobo, ajeno a la sociología, término extraño a la época pero de inminente cuño, sufría ante aquel terror a *l'ordre du jour* espantosas pesadillas. En el mundo de los sueños veía a Rousseau mezclado con la muchedumbre que cantaba, en magnífico arrebatado de natural violencia, el "¡Ça ira... Ça ira...!"

al desfilar las carretas de la muerte. No era ésta la más terrible de sus pesadillas. Porque otra inquietud, salvando tiempos que el soñar anula, le evocaba al propio *homme de la nature* en el traqueteo de la saludable carreta camino hacia la guillotina, garantía de la libertad. Le fallaba la lógica de lo inconsciente y no comprendía aquel sacrificio, en nombre de la nación soberana, del propio hombre que la había creado en realidad emotiva. ¡Y el pueblo seguía cantando jubilosamente el fascinante "¡Ça ira... Ça ira...!"

La conciencia de Juan Jacobo no hallaba paz. La interpretación de los sueños le hubiera descubierto el acto fallido que era ignorancia de la causación histórica. Recordaba sí, aquella clara sentencia de su maestro. "*La Volonté Générale est toujours droite*". Y esa rectitud, bien lo sabía, no se expresaba en las rectas líneas, en el sueño esquemáticas, de la guillotina. No podía aceptar que fuera su agente el *Exécuteur des Hautes Oeuvres*, majestad en sangriento tablado. Ignoraba la propia irracionalidad de la guillotina; ¿y no había dicho el mismo Robespierre, que la teoría del gobierno revolucionario es tan nueva como la Revolución de la cual era consecuencia? "No hay que rebuscarla —añadía— en los libros de los escritores políticos." (*Rapport de 5 nivose an III*) ¿Luego, cómo podía ser Juan Jacobo responsable de aquel siniestro artefacto?

II

IMPLACABLE ACCION...
INEVITABLE MUERTE

"La postérité... trouvera peut-être que je n'ai pas versé assez de sang, et que tous les partisans de Marius n'ont pas été pros crits."
Montesquieu, "Dialogue de Sylla et d'Eur crate".

En el inquieto acaecer que en 1789 se inicia en Francia vive el *homme de la nature* sus ansias de *Liberté, Egalité y Fraternité*. Cree, entusiasta, llegado el nuevo reino. La Revolución lo proyecta como irreductible valor humano y lo difunde hasta el término que es lindero cultural de un mundo de europeo sentir. Mas no tarda, en los ámbitos de Francia, porque es rápido el andar de toda Revolución en sufrir síntomas que han de llevarle a un necesario morir. Y, si resucita tras las hazañas napoleónicas, se cumple en él la ley de todo resucitar que da vida distinta y nueva acción a lo que murió. Ese hombre, en nueva modalidad, ha de mantenerse en nueva raíz de espíritu. Según los tiempos, imposible sin referencia a la invención humana de Rousseau, aunque ese hombre no fuera su criatura. Por haber sido tan vigorosa en las almas de la época aquella afirmación, perdura, al ser negada, en la nueva existencia.

Esa muerte y transformación del *homme de la nature* son momentos muy críticos de la eterna aventura del hombre. Luego conviene realzar la anterior incidencia que, si distingue sus fases, mantiene la continuidad del hombre nuevo, distinto en el proceso revolucionario. Al penetrar en el siglo XIX se precisa con mayor rigor el contorno de ese hombre. Su libertad se aprieta en las duras conexiones del mundo histórico. Es que aparece la nueva estrella de la causación so-

cial, antes velada, que ahora marca más seguro rumbo, aunque frene el ímpetu de arbitrarias teorías.

La Revolución, al volar tan alto por el mundo, tan alto que sus contrarios no lograron darle alcance, incita el ánimo de las criaturas de Rousseau, de largo tiempo ya naturalizadas en Europa, y las orienta hacia el actuar. La sentimental Héloïse, el caballero de Saint Preux, el buen Vicario saboyano, y el mismo *homme de la nature*, conviven cada uno a su modo, con los hombres y mujeres más ilustres de Europa, en diario y gozoso trato. Es una clase culta y acomodada, que ya existía sin ser vista, de corazón sensible y ávida de la luz de un claro vivir, lectora de gacetas y libros franceses. Y conviene a ese propósito recordar lo que se cuenta, y está probado, que Robespierre, en la casa de Madame Duplay, austero retiro, no leía, para ser Robespierre, más que a Racine y Rousseau. Era un hecho que toda Europa, para ser distinta, leía en los mismos libros de Rousseau que leía Robespierre.

Pronto surge apasionada la controversia. Burke se desborda en invectivas de odio, aunque a la vez expresa nuevo y valioso sentir histórico ya en 1790, pero encuentra rápida réplica en la "*Vindiciae Galiae*", "*A reply to Burkes Reflections on the French Revolutions*" obra considerable de recia argumentación, sale de las prensas en Londres en 1791, y aún no seca la tinta se repiten sus adiciones. En esa *Defence of the French Revolution*, su autor, el plausible y culto moralista James Mackintosh (1765-1832) a quien debe el derecho de gentes la resurrección de Vitoria y Suárez, nos muestra que no está solo. Su libro defiende no sólo la Revolución pero también a *its english admirers*. ¿Y por qué ha de tener mayor sentido histórico Burke que esos amigos? Si él no ve más que crímenes, ellos ven lo que en Francia sucede, "la gloriosa y espléndida liberación de un gran pueblo". Si Burke los acusa de visionarios, grave



"las viejas pelucas"

cargo para un británico, ellos invocan la experiencia. ¿Pues qué mejor experiencia que el estudio de la naturaleza moral y política del hombre, que indica la necesidad de cambiar lo existente? Aquí Rousseau, por lenguas de sus admiradores, habla en inglés. En ese inglés, el *homme de la nature* se traduce por la *nature de l'homme*. Así vestirá el nuevo hombre europeo.

En otro rincón de la Europa continental, que toca ya en confines eslavos, vive, separado del mundo, un hombre sereno y curioso observador de la Revolución. Es un profesor de filosofía, a la que revolucionaria, sencillo, afable y ya genio europeo. Es endeble de prestancia, y aun con énfasis de peluca, y sombrero de tres picos. Inconfundible sombrero. ¡Tricornio, tan evocador de historia como el *chapeau* napoleónico! Ese gran hombre espera ávido los correos que le traen las *Gacetas*, que cuentan sucesos de Francia. Ya de siempre leía a Rousseau. Su amigo, y cronista de su vida diaria, Borowski, anota que al recibir el *Emilio* se aisló en su lectura, alterando el ordenado curso de su cotidiano hacer. Era sociable comensal, y en su mesa abierta a los amigos, discutía apasionado los sucesos del mundo. Si algún conturbio inevitable, como el fantasmón de autoridad lugareña que cita Borowski, rompía el común sentir, y contradecía a Kant con necios argumentos, cortaba con cautelosa habilidad el que ya no era posible diálogo. ¡Qué simpatía humana y qué típico síntoma nos descubre Borowski en ese grupo de selectos amigos alrededor de uno de los mayores genios que haya habido! No sólo supo Kant seguir la Revolución y comprender su sentido, sino también comprender, como ningún otro hombre de su tiempo, no sólo lo que dijo Rousseau, sino lo que en él había más allá de lo que dijo.

Hasta aquel helado Königsberg llegaron las criaturas de Juan Jacobo. ¿Pero quién se tropezaría en Europa con el *Hurón*, o el *Candide*, o el *Microgenas*, o la *Princesse de Babylonne*, esquemas de la ironía y la sátira de Voltaire? Y menos, con las desgarradas y anárquicas figuras de Diderot. ¿Quién vio al capellán de aquella *nature de Taïti*, o a *Jacques*, o al mismo sobrino de Rameau, más real en la vida de París, pero como los otros, cínico esguince de caricatura mortífera. Los personajes de Rousseau sí despertaban a creaciones de vida. Aquí se ve claro el trazo que separa a los *felices filósofos* del atormentado Juan Jacobo. Goethe lo vio y dijo: "Con Voltaire acaba un mundo. Con Rousseau empieza otro."

Los personajes de Rousseau son incentivo revolucionario, pero no Rousseau mismo, muy lejos, y no sólo en cronología, de la Revolución de 1789. Su mejor elogio del *pure état de nature* es que en él es imposible un actuar revolucionario. Ese peligro es posterior, aparece en la *errónea* estructura política, ya dentro de la vida civil. La guerra es constante y dura, "hasta que nuevas revoluciones acaben por completo con el gobierno y lo restauren en institución legítima". ¿Cómo explicar esta solución revolucionaria? El texto citado es un precioso hallazgo para ahondar en Rousseau. Ese *Discours sur l'Inégalité*, de 1755, tiene líneas, con-



"héroe de un día"

fesadas por Rousseau unas, otras no dichas pero sí supuestas, debidas a la anárquica pluma de Diderot. Una interpretación sistemática del texto pudiera descubrir en sus líneas un nuevo caso del maleficio diabólico que, en aquella época primera, ejercía sobre Juan Jacobo, ingenuo entonces, su amigo Diderot.

La Revolución no tiene encaje en el sistema de Rousseau. Toda la trama se deshila si la agudeza del lector no capta el *por qué* de esa imposibilidad. Véase la angustia que expresan las siguientes palabras de *Les Confessions* (IX): "*S'il venait que la grande machine vient à crouler, comme cela parait à craindre dans l'état actuel des choses...*"³ Ante ese derrumbe catastrófico de lo existente, temida circunstancia, posible pero no prevista en el sistema del *Contrat social*, ¿qué sería de tanto esfuerzo conceptual? La esquemática impasibilidad metódica del *Pacto* se perdería al implicarse en acto revolucionario. Se desnaturalizaría en historia.

Cuidadoso de su *homme de la nature* teme Juan Jacobo que, desbaratada la vida en tumulto, la Revolución lo trague en muerte. El juego es peligroso. Quebrado el resorte civil en anarquía no hay revolución posible que lo restaure. El pueblo se aniquila. "*Il lui faut désormais un maître et non pas un libérateur*" (*Contr. Soc.* II, 8).⁴ El amo, no el libertador, es la perspectiva. Otro "*état de nature*" por obra de violencia.

Voltaire llamó al *Discours sur l'Inégalité*, "*un livre contre le genre humain*" (*Corresp.* 1755). Lo sería si Rousseau proclamara la vuelta al bosque. Pero su empeño es mantener al hombre en civilidad. Juan Jacobo tiene su método. En la sutil réplica a Voltaire lo perfila en enigmática frase: "*Il faut laisser le fer dans la plaie*".⁵ Porque si el mortífero cuchillo, símbolo de las artes y las ciencias, obligó al salvaje a salir del bosque, por viciadora luz de conocimiento, ahora no debe arrancarse de la llaga. El *homme de la nature* es hombre de distintas humani-

dades, y su *nature sociale* actual le exige gran esfuerzo para mantenerse en la cultura y no retroceder a la barbarie. Las artes y las ciencias son necesarias para evitar que la corrupción degeneren en crimen símil de barbarie. (*Préface à "Narcisse"*.) El esfuerzo del hombre en estado de naturaleza para mantener su hipotética existencia era casi nulo. Ahora, no por natural virtualidad sino por tenso artificio civil, vela atento a todo peligro de condición inhumana. Esta es la única lección que Juan Jacobo enseñó a su hombre nuevo.

La Revolución cambia las cosas y las posturas de los hombres, pero lo vital para Rousseau era cambiar al hombre, reintegrándole a su naturaleza propia. *Emile* es *Paideia*. ¡Nunca arrancar el cuchillo para evitar que exangüe perezca el hombre! La guillotina desangra radicalmente y cura el mal con la muerte. El mejor remedio de Juan Jacobo excluye la consecuencia revolucionaria.

Es cierto que sus palabras volaron sueltas, desgajadas del sistema con deformadora violencia. En el actuar se oyeron ecos de esas palabras. Pero la Revolución ahuyentó el *homme de la nature* con pernicioso desvío. Lo extingue, y era de razón que así ocurriera. Se inmoló la teoría creadora. ¿Qué teoría puede resistir a la acción por la acción que es sendero perdido? La Revolución es verdad en sí. Verdad depurativa, que según algunos mana del verdugo. Robespierre la reconoce como "*Le despotisme de la Liberté contre la tyrannie*". (*Disc.* 7 febrero 1794.) Michelet en breve trazo precisa su inflexible actitud. "*Le rêve atroce d'une purgation absolue prit racine en lui*"⁶ (*Hist. Revol. Franc.* Edic. Pléiade, II, 62). El dato y la frase son interesantes. La moderna política *purgativa* inicia su activa historia.

También el magnífico escritor, el conde Joseph de Maistre, arrebatado católico, a los pocos años, proclama que "la efusión de sangre es una virtud expiatoria muy útil al hombre". Justifica la desgarrada existencia del verdugo. "Toda grandeza, todo poderío, toda subordinación tienen en él su fundamento. Si horrendo, es el vínculo de la sociedad humana." Pero sirve a más concreta utilidad. "Sin ese incomprendible agente el orden se disolvería en caos, los tronos temblarían y no habría sociedad posible." (*Soirées de St. Pétersbourg*, "Premier Entretien"). La coincidencia entre el jacobino y el aristócrata católico es ejemplar. Ambos allanan toda caridad debida en justicia, y alzan la muerte a principio político salvífico y expiatorio. La solidaridad en el pecado o la solidaridad en la clase, habrá de justificar de por sí el sacrificio más cruento sin reparo de personas. Las purgas políticas hallan en raíz común vigorosa lozanía.

La poco piadosa doctrina repercute en Donoso Cortés, una de las grandes figuras españolas del siglo XIX. Pero don Juan distingue sutil, atento a la finalidad, entre Robespierre y el conde. "La sangre derramada de un modo, justifica y de otro enloquece" (*Ensayo sobre el Catolicismo*, Madrid, 1850). Las ramas se desvían del tronco, pero la savia llega hasta ellas de raíz común. Ante tan perfecta profanación, suspendo aquí ese "deletrear en sangre" que diría Quevedo.

Y vuelvo al actuar jacobino, que fue acción sin más teoría. O mejor dicho donde la teoría se pierde en frase. "*Obligés à parler sans cesse ils remplacent l'idée par la parole et les sentiments par la phrase*".⁷ Así dijo Balzac, pero en proceso ulterior, aunque análoga pérdida de sustancia. Y es verdad que la teoría se pierde al desgastarse las palabras que la expresan y al vaciarse la magia de sus metáforas. Quebrada la unidad del pensamiento que la sostiene, cae en contradicciones, inevitable síntoma de muerte. Todo es ruido, y se comprende que nuestro Juan Jacobo, a quien paseo por esta cruel aventura, gritará: "¿Qué tiene que ver ese ruido con la *Volonté Générale*?"

Así acaba perdido el *homme de la nature* en el bullicio revolucionario que no era su medio, ni el signo de su nacimiento. No hubo de prestarse al depurador sacrificio de sangre, pues el acto carecería de eficacia. Ese hombre, como criatura inventada no era susceptible de muerte física. Su muerte fue simbólica. Murió al perderse en los hombres la conciencia



"el verdugo... majestad en sangriento tablado"

del *divin modèle* que era todo su ser y toda su existencia. Murió en ruido de palabras, creación de la nada. Pero fuerza eficaz, que según Maquiavelo, "*fa agitare i cervelli degli uomini*".⁸

III

EL EXODO SALVADOR

"Si en espíritu vivimos en espíritu también caminemos." San Pablo, "Gálatas, 5, 25".

La frase que "*fa agitare*", tan precisa y de tan ágil movimiento, descubre en su desenvoltura hilos, al parecer sueltos, de la trama real que enlaza y presta sentido al acaecer político. Y así es por imperio de la naturaleza humana. Pues según Maquiavelo los hombres al gobernar, y este es el caso, no llegan a la sublime altura de ser "*onorevolmente tristi*" o "*perfetta-*

mente buoni". (Disc. I, 27). La máxima "*tristitia*" o sea la maldad, "*ha in se grandezza, o è in alcuna parte generosa*". No logró alcanzar, ni esa grandeza ni esa generosidad, aunque mucho se acercó a ellas, el héroe político de Maquiavelo, César Borgia, tan admirado por el florentino, afanoso de entrar "*alla verità effettuale delle cose*". Su otro héroe político, Fernando el Católico, es figura más compleja y, según su juicio, de mayor ejemplaridad que el Ducca Valentino. Pero en ambos la engañosa astucia, en palabras pregonera, se valora como indispensable virtud política.

Fue la astucia gran sabiduría de gobierno en cualquier tiempo. Commynes pudiera sacar sus máximas del actuar de Luis XI, otro precursor del nuevo convivir político, o de cualquiera de los técnicos del naciente Estado moderno europeo del XVI, pues se preciaba "*d'avoir vue et cogne la meilleure part de l'Europe*" del siglo XV. Y sucede que el *agirare* de las figuras humanas por la palabra sirve, en su necesaria teatralidad, para aguijonear a los hombres en los más patéticos momentos históricos.

Y así, cara a la Revolución, o mejor al siglo de la Revolución, un Stendhal, de también escueta pluma y firme garra, ajusta su sentir a palabras coincidentes con las de Maquiavelo. "*C'est qu'il n'y a pas de grand succès sans un certain degré d'impudence et même de charlatanisme décidé*"⁹ (*Souvenirs d'Egotisme*). Es que Stendhal comprende la necesidad de la palabrería al servicio de mayores designios.

El "*agirare di cervelli*" era verdad política en aquellos tiempos del siglo XV, de más exiguas voces revolvedoras de lo político. ¿Quién no apreciará en nuestra época de masas desbordantes, aquella misma, ahora más necesaria, verdad? Hoy, maravillosos altavoces recogen, con máxima precisión, palabras que en silencio atraviesan el éter sin conocer obstáculos. Y así van a repercutir en los oídos de hombres blancos, negros, amarillos o bronceados, sin que a su vibrar puedan conservarse en recato los más recónditos espacios. Esa unidad de ruido, muy alabada como opinión pública, es la gran fuerza que toma el eco de la palabra propia como creación ajena.

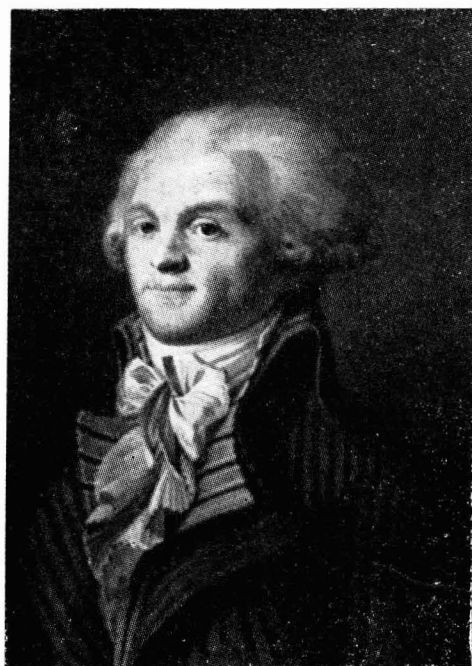
¿Cómo ignoraba esas cosas, tan simples en su época, el timorato Juan Jacobo? Aunque muy apurado en razones, seguía viviendo el mismo *homme de la nature*, sin apreciar la mudanza de los tiempos. El hombre se hallaba ahora implicado en muy complejas y distintas relaciones. Ya la pureza ingenua de una mágica *Volonté Générale* no movía los ánimos. Su manantial se agostó. Su trayectoria era ya imposible. El éxodo, y no sólo para salvar a Juan Jacobo, era inevitable. Lo demandaba, y con mayor imperio, la misma *Volonté Générale*.

Lo exigía también el curso de la historia que señala una nueva postura humana. La conciencia capta y concreta una realidad social, antes ya viva pero no claramente percibida. A través de la conmoción revolucionaria, el hombre sobre el que Rousseau operaba desplaza su centro. Ahora está realísimamente ligado en una clase social. El hombre suelto se ha transformado en clase. Hecho de tre-

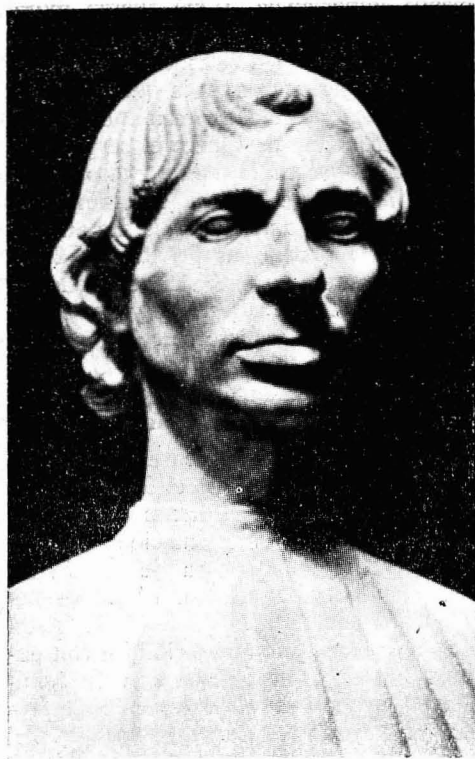
menda importancia. ¿Qué fuerza moral sería capaz de imponerse a la avidez de un hombre que liga su riqueza al inmenso poderío de su clase, a la que considera como única posible expresión de la sociedad toda? Se desvanece el respeto debido al *homme de la nature*, y no menos el de deber que impone sumisión a la mayestática *Volonté Générale*. La antigua aristocracia perdió sus privilegios, fuente de su poder. La nueva clase se encumbra por obra de una *libertad* y una *igualdad*, que sabe transformar en privilegio. El *citoyen*, sonoro y patético, pierde su sustancia humana y se convierte en tranquilizadora alegoría política.

Y véase con qué aparente sencillez todo ha cambiado, aunque el ídolo siga en los altares. Porque el hecho importante de clase desvirtuó la afirmación del hombre como persona, o sea del hombre a quien apuntaba Rousseau. El nuevo hecho paralizó el funcionamiento del sistema. Rousseau, y él mismo lo dice con expresa claridad, especulaba con un hombre, "*Qui par lui même est un tout parfait et solidaire*", (*Contrat social*, II, 7), y al que coloca "*dans une parfaite indépendance de tous les autres, et dans une excessive dépendance de la Cité*" (Ib. II, 12). Así dice, pero el suceder real alteró los términos. Los vuelve al revés. Y sucede que ese hombre afirma la solidaridad de su interés de clase y escapa a la eticidad del Estado. Arraigado en la clase no se deja absorber, como el individuo suelto de Juan Jacobo, en el *Moi commun*, que es categoría de solidaridad moral muy humana, y supuesto indispensable de la *Volonté Générale*, clave del sistema, y de su actuar eficaz.

Y así, como consecuencia, aquella *Volonté Générale*, perdida en la tierra de su primer arraigo, ha de trasplantarse en extrañas lejanías para salvarse y acaso aumentar su eficacia. En nuevas estructuras filosóficas hallará vuelo universal. Pronto lo comprobó Hegel al reconocer que "La filosofía alemana empieza con Hume y Rousseau". Y mírese cómo el huido Juan Jacobo se vuelve audaz y se mete de lleno en los imponentes sistemas de la filosofía alemana, que habían



Robespierre— "la imagen atroz de una depuración arraigada en su ánimo"



Maquiavelo— "afanoso de entrar en la verdad de las cosas"

de servir de guía al mundo. Pero no entra sólo como hombre nuevo, sino que en nueva postura humana los llena de *Liberté* y de *Egalité*, que rompen las antiguas formas del mundo del espíritu. Y la nueva acción de la *Volonté Générale* renueva el mundo de lo social.

Es curioso que los historiadores no vieran salir de Francia a Juan Jacobo, ellos que sí anotaron la huida de los emigrados aristócratas. Es que el hombre salió, con su alijo filosófico, burlando fronteras, sin dejar huella documental en los Archivos nacionales. Pero en la filosofía alemana de aquella época sí consta con clara evidencia el hecho de la salida. Y en los entresijos de aquella filosofía habremos de rastrear la nueva modalidad del *homme de la nature*. Que fue, sí, de más eficaz acción que la presencia de los emigrados en las pequeñas cortes alemanas.

Una grave duda acongojaba al azorado Juan Jacobo. ¿Fue a derechas la tal salida? ¿No sería abandono de obligación debida a los discípulos del maestro? Me atrevería a cortar aquí la disquisición, y con una frase que podría ser buena rúbrica de un interesante capítulo: "Los falsos discípulos." ¿Discípulos de Rousseau, aquellos avispados burgueses, nacidos a ciudadanía con el Terror de 1793, y la necesaria venta de los bienes nacionales? Esos hombres inteligentes y tenaces, núcleo valioso de la nueva Francia, se agrupan en la igualitaria napoleónica, la más impetuosa realización de la igualdad política. La restauración borbónica de 1814, que según Stendhal, el gran napoleónico, significa "*La chute que nus fîmes dans la boue*",¹⁰ no mengua sino que reconoce la situación de la nueva clase. Esos hombres llegan, hinchados de ventura y frenéticos de especulación, a la tierra prometida que se abre a su actividad en 1830. Aunque es cierto que tras tanta bienandanza les sobrecogió el gran susto que fue transitorio, de 1848.

Convendría estudiar los tipos de aquellos falsos discípulos. ¿Cómo los recogió la literatura francesa de la época! ¿Cómo viven en Stendhal y Balzac! Y así podríamos preguntar si fueron discípulos de Rousseau, discípulos legítimos, un Julien Sorel, de corte stendhaliano y ribetes napoleónicos, tan rojo, por afición, como negro en disimulo, por las posibilidades que en su época ofrecía la sotana. ¿Discípulos, un Rastignac, un Rupembré, un Marsay, o aquel Popinot "*devenu Ministre*"? ¿Con qué agudeza social sublima Balzac a esos respetables tipos en el desgarrar delicuescente del presidario Vautrin! Como no le ayudó la diosa fortuna a encaramarse a la posición debida a su genio, que acaso hubiera llegado a realizar aquella difícil *onorevole tristizia* en la que fracasó el Borgia, Vautrin se pierde en el fondo de un océano social tragador de generaciones. Pero Vautrin expresó, mejor dicho esculpió, la fórmula de aquella sociedad: "*N'est-ce pas une belle partie à jouer que d'être un contre tous*



"los falsos discípulos... alarma frente a la bolsa"



Vautrin— "no hay principios. No hay más que hechos"

les hommes et d'avoir de la chance?"¹¹ ¿Y qué bien sabía Balzac que sus tipos no procedían de Rousseau! Señaló muy claramente su renegada filiación jacobina al decir: "*L'épicier c'est l'Encyclopédie en action.*"¹²

Los escrúpulos de Juan Jacobo eran vanos. Lo cierto es que Rousseau casi no influye en la naciente sociedad civil o burguesa de Francia, que sirvió de modelo al mundo. Y me atrevería a decir, ni tampoco a su realización política. Porque esa clase, muy inteligente y capaz, supo desvirtuar el hondo pensamiento humano que tendía a un nuevo y justo convivir político. Rousseau quiso *dénaturar* el salvaje del bosque. Sustituir su mera naturalidad por una existencia moral. (*Ib.* II, 7). "*Changer pour ainsi dire la nature humaine*" "*Altérer la constitution de l'homme pour la renforcer.*" Es decir, para convertirla en verdadera *condición humana*. Ya hemos observado cómo ahora esos hombres inteligentes, que no respetaban al *homme de la nature*, vuelven al revés los conceptos políticos del ingenuo Rousseau. No se *desnaturaliza* al salvaje, sino que el hombre reafirma su natural caribe. Lo que se *desnaturaliza* son los conceptos políticos de Rousseau, a los que se priva de todo su contenido moral. La *Liberté* y la *Egalité* carecen ahora de *Fraternité*. Son conceptos formales para legitimar políticamente un poder social muy efectivo. Pero el patetismo revolucionario de la libertad sigue vivo contra el odioso privilegio de los antiguos nobles, ya fantasmas incapaces de cualquier acción. El gran Vautrin, con cínica demasía, expresa aquel momento de tan singular moralidad, "*Il n'y a pas de principes, il n'y a que des événements.*"¹³

E pur si muove...!

NOTAS

* Este ensayo reanuda el tema de *La creadora soledad del bosque* publicado en el número de abril de 1957 de esta revista.

Debe advertirse que en dicho ensayo anterior la supresión de un "no" que seguía a "*amour de soi*" y se antepone a "*amour propre*" destruye el sentido antitético de ambos términos.

1 "La creación poética es audacia", (Goethe, *Divan*).

2 "La revolución en nombre de la razón carece de razón."

3 "Si la gran máquina saltara, hecha pedazos, como es de temer dado el estado actual de las cosas."

4 "En esta situación lo que necesita será un amo, no un libertador."

5 "Dejar el hierro en la llaga."

6 "La atroz idea de una depuración absoluta arraigó en su ánimo."

7 "En la precisión de hablar constantemente sustitúan las palabras a la idea y a la frase por los sentimientos."

8 "Hacer girar los cerebros de los hombres."

9 "Es imposible alcanzar un éxito grande sin cierto grado de impudicia y de charlatanería desenvuelta."

10 "Cuando caímos en el cieno."

11 "¿No es un juego magnífico el saberse solo contra todos los hombres y el tener suerte?"

12 "El abarrotero es la enciclopedia en acción", "*Silhouette*".

13 "No hay principios, no hay más que acontecimientos."